

VI.

Sobre la cima del monte
 á la izquierda del sendero
 que conduce hasta Toluca
 cuando se sale de México;
 vestido de verdes hojas
 se alza un roble corpulento
 que tiene en su añoso tronco
 una cruz grabada en hueco
 y á su pié se vé esculpido
 este imponente letrero:

«Aquí murió Leandro Valle;
 «aquí colgaron su cuerpo;
 «pedid para sus verdugos
 «las maldiciones del Cielo.»

1893.

AQUILES COLLIN

(23 DE JUNIO DE 1861)

I.

Nacido en un pintoresco
 pueblo de la culta Francia;
 desde niño acostumbrado
 á vivir en las montañas,
 de rostro afable y tranquilo,
 de penetrante mirada,
 dotado de hercúleas fuerzas
 y ancho de pecho y espaldas;
 no en vano al nacer le dieron
 sus padres que lo adoraban,
 el nombre que eligió Homero
 para dar vida á su Iliada.
 AQUILES COLLIN no tuvo
 más títulos ni prosápia
 que los de amar ciegamente
 las libertades humanas.

Combatió siendo muy joven
 en las terribles jornadas
 de Mayo que sacudieron
 el viejo trono de Francia.

Como oficial distinguióse
en la campaña de Italia,
y después triste y proscripto
dejó su querida patria
por México, donde tuvo
amigos y camaradas.

Admirando á Leandro Valle
siguió con fervor su causa
y como ayudante suyo
le acompañó en las batallas.

Refieren cuantos le vieron
que Collin siempre velaba
con entrañable cariño,
con devoción noble y franca,
la vida de Leandro Valle
pues le quiso con el alma.

II.

A los que niegan que existe
la amistad divina y santa,
y que dicen que en el mundo
todo es interés é infamia;
voy á referir un hecho
que no saqué de la fábula,
pues lo presenciaron muchos
que entusiasmados lo narran
y con caracteres de oro
nuestros anales lo guardan.

Las generaciones nuevas
en él tendrán enseñanza,
como en él tuvieron gloria
y galardón las pasadas.

Hechos como el que describo,
no sólo á los nuestros hablan;
son de aquellos que interesan
á toda la raza humana.

Al bardo faltan acentos,
le faltan cuerdas al arpa,
para ensalzar su grandeza
que absorta bendice el alma.

III.

Cuando ya Butrón y Márquez
con rabiosa y negra saña

hacen prisionero á Valle,
cuyas tropas desbaratan;
entre lo hirsuto del monte
AQUILES COLLIN se salva
y halla asilo en una gruta
donde jamás lo encontrarán.

Sabe allí por un soldado
que « *el tigre de Tacubaya* »
ordenó que á Leandro Valle
pronto pasen por las armas.

Collin conmovido deja
su escondite sin tardanza
y se le presenta á Márquez,
diciéndole estas palabras:

« Quiero correr igual suerte
« que mi General, no es vana
« pretensión, porque ambiciono
« y os lo ruego con instancia,
« ya que siempre lo he seguido
« de esta vida en las batallas,
« ir con él al otro mundo
« y ver lo que allí me manda ».

Al acabar estas frases
que dijo con arrogancia,
lo hicieron pasar al cuadro;
Valle le envió una mirada,
estrecháronse las manos,
no vertieron ni una lágrima
y ya altivos y dispuestos
á recibir las descargas,
á los dos, á un tiempo mismo
los pasaron por las armas.

IV.

Escéptico sin ternura,
filósofo de alma helada,
á quien nada dice un niño,
ni nada imponen las canas.

En frente de estas escenas
tan sublimes como raras:
¿ negarás el sentimiento?
¿ desconocerás el alma
y la virtud que es el faro
que con luz de Dios irradia?

¿Y llamarás vanos mitos
 é insustanciales palabras,
 á la amistad firme y pura
 y al santo amor de la patria?

V.

COLLIN no tiene una tumba
 en rico marmol tallada;
 pero en la fosa en que duerme
 sin ornamento ni lápida,
 un ángel vela en silencio
 su memoria sacrosanta.

Vierte allí el amor sus flores,
 la gratitud pone lágrimas
 y el nombre del héroe mártir
 en el libro de la Fama
 luce puro y sin mancilla
 como la estrella del alba.

TERÁN Y MAXIMILIANO

Entre las ondas azules
 Del bello Mediterráneo,
 En el Golfo de Trieste,
 Surgiendo entre los peñascos,
 Hay un alcázar que ostenta
 Con gran arte entrelazados
 En muros y minaretes
 Lo gótico y lo cristiano.
 Parece visto de lejos
 Airoso cisne de mármol
 Que extiende las blancas alas
 Entre dos abismos claros,
 El del mar siempre sereno
 Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso,
 En tiempos no muy lejanos

Por mirar tanto las olas
 De MIRAMAR le llamaron,
 Y en él vivieron felices
 Dos príncipes de alto rango,
 Dos seres de régia estirpe:
 Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena
 Al bello alcázar llegaron
 Con una rara embajada
 Varios próceres extraños.
 Penetran á los salones
 Y al noble príncipe hablando,
 En nombre de un pueblo entero
 (Que no les dió tal encargo)
 Le ofrecieron la corona
 Del Imperio Mexicano.

El príncipe quedó absorto;
 Para responder dió un plazo;
 Soñó en pompas, en honores,
 En fama, en poder, en lauros,
 Y al despertar de aquel sueño,
 Al volver de tal encanto,
 A su joven compañera
 Le fué á consultar el caso.
 «Acepta — dijo Carlota —
 «Eres grande, noble y apto,
 «Y de este alcázar á un trono
 «Tan solamente hay un paso».
 No corrida una semana
 El príncipe meditando
 En las difíciles luchas
 De los grandes dignatarios,
 Miraba tras los cristales
 De su espléndido palacio
 Enfurecerse las olas,
 Rojo surgir el relámpago
 Y con bramidos horribles
 Rugir los vientos airados.

De pronto, un ujier anuncia
 Que un extranjero, ya anciano,
 Hablarle solicitaba
 Con urgencia y en el acto.

Sorprendido el Archiduque
Dijo al ujier: «Dadle paso»;
Y penetró en los salones
Aquel importuno extraño,
De tez rugosa y enjuta,
De barba y cabello cano.

En frente del Archiduque
Dijo con acento franco:
«Vengo, señor, para veros
«Desde un pueblo muy lejano;
«Desde un pueblo cuyo nombre
«Jamás habréis escuchado;
«Yo nací en AGUASCALIENTES,
«En el suelo mexicano,
«Serví á Don Benito Juárez
«De quien ya os habrán hablado;
«Le serví como Ministro,
«Soy su firme partidario,
«Y mientras que aquí os engañan,
«Yo vengo á desengañaros;
«No aceptéis, señor, un trono
«Que tiene cimientos falsos,
«Ni os ciñáis una corona
«Que Napoleón ha labrado.
«No quiere México reyes,
«El pueblo es republicano
«Y si llegáis á mi patria
«Y os riegan palmas y lauros,
«Sabed que tras esas pompas
«Y esos mentidos halagos,
«Pueden estar escondidos
«El deshonor y el cadalso».
Oyendo aquestas palabras
Dichas por aquel anciano,
A tiempo que por los aires
Cruzó veloz un relámpago
Tiñendo en color de sangre
La inmensidad del espacio,
Sin dar respuesta ninguna
Quedóse Maximiliano
Rígido, lívido, mudo,
Como una estatua de marmol.

Corrió inexorable el tiempo,
Huyeron breves los años
Y en una noche de Junio
Triste, solo, ensimismado,
En vísperas de la muerte
El Archiduque germano,
En su celda de Querétaro
Y en sus desgracias pensando,
Así dijo conmovido
A uno de los abogados
Que fueron á despedirse
En momentos tan aciagos;
«Todo lo que hoy me sucede
«A tiempo me lo anunciaron;
«Un profeta he conocido
«Que sin doblez, sin engaño,
«Me auguró que en esta tierra
«A donde vine cegado,
«El pueblo no quiere reyes
«Ni gobernantes extraños,
«Y que si lauros y palmas
«Se me regaban al paso,
«Tras ellas encontraría
«El desonor y el cadalso».
—¿Quién ha sido ese profeta?
Al príncipe preguntaron:
«Era un ministro de Juárez,
«Sincero, patriota, honrado:
«Don JESÚS TERÁN que ha muerto
«En su hacienda hará dos años.
«¡Ah! Si yo le hubiera oído!
«¡Si yo le hubiera hecho caso!
«Hoy estuviera en mi alcázar
«Con los seres más amados,
«Y no contara las horas
«Para subir al cadalso!!»

COMONFORT

Á MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

I.

Era Comonfort un hombre
Alto, fuerte, casi obeso;
De vivos y oscuros ojos,
Semblante dulce aunque serio.

Sobre su cutis dejaron
Las viruelas sus hoyuelos;
Cutis que abrasó mil veces
El sol de los campamentos.

Era en el vestir sencillo,
Cuando no de gris, de negro;
Siempre ostentando la honrosa
«Cruz de Constancia» en su pecho.

Militar bravo y sin tacha,
De vastos conocimientos,
Era una dama en el trato
Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto
Que no fuese honrado y recto
Era en la vida privada
Tan amable como tierno.

Tocóle en época triste
De rencores y de duelos,
Cuando el odio de partidos
Alzaba su pendón negro,
Regir de su amada patria
El destino en alto puesto
E imponerle nuevas leyes
Buscando horizontes nuevos.

De carácter franco y débil,
De espíritu asaz modesto,
Obligáronle más tarde
Privados y consejeros
A desconocer las obras
Más grandiosas de su tiempo.

Llenóse así de tristeza
Y de amargura, creyendo
Que iban á ponerse en duda
Su amor por el patrio suelo,
Su lealtad para los hombres
Que libertades le dieron
Y su afán íntimo y grande
De dar en cualquier momento
Toda la sangre y la vida
En defensa de su pueblo.

.....
.....

II.

Sin combatir la tormenta,
Triste, conforme, resuelto,
Acusado, perseguido,
Mirando en el mundo artero
Que en la desgracia más grande
El desengaño es más negro;
Guardó todos los laureles
Ganados como guerrero
Hasta la ocasión propicia,
Hasta el soñado momento
En que volvió con su espada
Para decir al Gobierno:
«Hoy que la invasión extraña
«Viene á insultar nuestros fueros;
«Hoy que la legión altiva
«De Napoleón el pequeño,
«Desconociendo tratados,
«Hollando nobles derechos
«Profana nuestros hogares,
«Yo, sin ambiciones, vengo
«A tomar entre las filas
«Cual simple soldado un puesto;
«Que por salvar á mi Patria,
«Por defender á mi pueblo,
«Si Dios el triunfo me niega
«Quiero morir el primero».
Y confirmó cuanto dijo
En la acción de San Lorenzo,
Cuando sin hacerle caso,
Cuando sin prestarle crédito

A que por su mala tropa
Y sus pocos elementos
Si presentaba un combate
Era seguro un siniestro,
Le obligaron á batirse
Por órden del Ministerio.

Cual león por su bravura
Lanzóse terrible y fiero
Buscando gloriosa muerte
Y presentando su pecho
A los altivos soldados
De Napoleón el pepueño.

Allí murió Miguel López,
El héroe augusto y excelso,
Asombrando al enemigo,
Batiéndose cuerpo á cuerpo.

Comonfort tuvo tal ansia
De morir combatiendo,
Que fué preciso arrancarle
Del más peligroso puesto,
Cuando ya quedaba solo
En medio del campamento.

Esto obligó á que dijera
El coronel de ingenieros
Que mandaba á los franceses
Que la victoria obtuvieron:
« Comonfort con su bravura
« Dejó á todos satisfechos,
« Pero era en tales instantes
« Un general sin ejército ».

Cuán triste de aquel desastre
Salió su espíritu enfermo,
Pero su limpia conciencia
Le dijo siempre en silencio:

Has demostrado á la Patria
Con tus heróicos esfuerzos,
Que le das honor y vida
Por defender su derecho
Y que porque Dios no quiso
No moriste en San Lorenzo.

III.

Cuando Comonfort tornaba
A San Luis, desde Querétaro,

A conferenciar con Juárez
Y á explicarle sus proyectos
Como Ministro de Guerra,
Para defender al pueblo
Del yugo humillante y torpe
De Napoleón el pequeño;
Asesinos alevosos

Le salieron al encuentro
Junto al molino de Soria,
En tierras de Chamacuero.

Era el once de Noviembre
Del año mil ochocientos
Sesenta y tres. Espiraba
La tarde entre los reflejos
Purpurinos del ocaso
Y el campo estaba en silencio.

Comonfort iba en un coche
Llevando de compañeros
A un joven, sobrino suyo,
A un ayudante, y con ellos
Un escribiente, elegido
Por su carácter discreto.

Al cruzar la parte angosta
Del polvoroso sendero,
Cuando la escolta venía
A lento paso y muy lejos,
Sale un grupo de bandidos
Que asaltan á los viajeros,
Disparando á quema ropa
Sus cien mosquetes á un tiempo.
Muere en el coche Velázquez,
Estorbando con su cuerpo
Que Comonfort descendiera
Veloz por el lado opuesto.

Cuando al fin logró bajarse
En santa cólera ardiendo,
En cada mano un *revólver*,
Sus ojos brotando fuego;
Cuando su ayudante Cerda
Tendido estaba en el suelo
Herido en distintas partes
De sangre y de polvo lleno;
Las balas de los bandidos
Le atravesaron el pecho,

Y en unos breves instantes
 Cayó en tierra sin aliento.
 No conformó á los verdugos
 Contemplar al héroe muerto,
 Y agregaron nueva infamia
 A su crimen torvo y negro,
 Profanando como hienas
 Aquellos sagrados restos,
 ¡Arrastrando aquel cadáver
 Con una sogá en el cuello!....

IV.

Han corrido muchos años;
 Cambió la suerte de México;
 La paz derrama sus frutos
 Sobre nuestro fértil suelo,
 Y al recordar á los hombres
 Que con patriotismo inmenso
 Sacrificaron su vida
 Por salvar nuestros derechos,
 Es justo honrar la memoria
 Del esforzado guerrero
 Que con heróicas acciones
 Lavó sus sensibles yerros,
 Y que merece en la historia
 Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

TOMÁS MEJÍA

Á MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL
 DON MARIANO ESCOBEDO.

I.

Mientras Juárez indomable
 va á los desiertos del Paso
 á defender su bandera,
 firme como un espartano;
 en México, sostenido
 por el invasor extraño,
 se erige un trono y le ocupa
 más que ambicioso, engañado,
 un ilustre descendiente
 del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto
 asciende á lugar tan alto,
 sin ver que á lo lejos flota
 el pendón republicano,
 y sin recordar que el pueblo
 por quien se sueña llamado,
 en otro tiempo á un monarca
 lanzó del trono al cadalso.

Recibiéronle animosos
 los que el cetro le entregaron,
 y al entrar por nuestras calles
 fué tan grande el entusiasmo,
 que del nuevo rey los ojos
 no pudieron, deslumbrados,
 mirar que las bayonetas
 que lo estaban custodiando
 eran de extranjeras tropas
 capaces de abandonarlo.

II.

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
 ¿Por qué dejas tu palacio
 en medio de las azules
 ondas del Mediterráneo,